

BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ, PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS (MT 5, 9)

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA

El tema de la paz es uno de los temas que con mayor frecuencia e insistencia se encuentra presente en la vida y en el pensamiento de San Agustín. Es una de las razones por la cual se ha llamado a San Agustín “Doctor de la paz”¹. Conocer el pensamiento de San Agustín sobre la paz y, de forma más concreta, su interpretación de la bienaventuranza “*Bienaventurados los que trabajan por la paz*” exige conocer algunas de las características más importantes de su pensamiento.

Es preciso constatar, en primer lugar, que San Agustín no busca jamás singularizarse ni en su vida ni en su pensamiento. Para él no hay más que un solo y único maestro que es Cristo, como no hay más que una sola y única verdad: Cristo, la Iglesia “Cuerpo de Cristo”. Y, por lo mismo, busca siempre ser fiel a Cristo y a su Iglesia. Querer singularizarse o afirmar el pensamiento propio, personal es para él, en cierto modo, contraponerse a Cristo, por lo tanto, separarse de él. En su actividad doctrinal no busca más que ser fiel a Cristo, ser fiel a la Iglesia².

¹ CAMELOT, Th., “St. Augustine Doctor of Peace”, en *Cross and Crown* 6 (1954) 69-80.

² uer. rel. 10, 20: PL 34, 131: “Así pues, yo, después de estudiar con prolijo examen los datos de mi experiencia y la índole de los que combaten la verdad y la de los que la investigan; después de examinar lo que yo mismo he sido, ora cuando la combatía, ora cuando la buscaba, he creído razonable seguir este método: todo lo que hallares ser verdadero, consérvalo y atribúyelo a la Iglesia católica; lo falso deséchalo, y perdóname a mí, que soy hombre; lo dudoso admítelo hasta que la razón te aconseje o la autoridad te obligue o a rechazarlo o retenerlo como verdad o como cosa que siempre se debe creer. Atiende, pues, a los razonamientos, que vienen con diligencia o piedad, según te sea posible; pues a tales ayuda Dios.”

Por otra parte, San Agustín se considera a sí mismo siempre en actitud de búsqueda permanente de la Verdad, de Cristo. Está plenamente convencido de que en esta vida no llegamos nunca a conseguir la Verdad con plenitud. La Verdad es un don que solo se nos otorga en la otra vida. Esta actitud de permanente búsqueda se manifiesta con plena claridad en su obra *Retractaciones*. Repetidas veces reconoce la evolución de sus ideas y pide que se le lea siempre a la luz de dicha evolución: no dar como cierto lo que él mismo reconoce ser falso o sencillamente dudoso. Expresa este deseo en varias de sus obras ³.

San Agustín siempre trató de mantenerse fiel a la Sagrada Escritura y a la doctrina y enseñanza de la Iglesia. Sin embargo, su interpretación de la fe cristiana como, por otra parte, todo su pensamiento está marcado por la experiencia de su conversión. La experiencia de su conversión es el “lugar” desde donde San Agustín piensa y habla; es la clave de interpretación de su pensamiento.

Su conversión, San Agustín la vive como una búsqueda constante, permanente de la paz ⁴. Y este proceso de búsqueda de la paz es la luz que nos permite comprender su interpretación de la bienaventuranza “*Bienaventurados los que trabajan por la paz*”. Para San Agustín su experiencia de búsqueda de la paz precede a su reflexión sobre la naturaleza misma de la paz: la experiencia es primero, la reflexión viene a continuación.

³ trin. 15, 2, 2: PL 42, 1057: “Si en la búsqueda puede ser encontrado, ¿por qué se dice: Buscad siempre su rostro? ¿Se ha de seguir buscando una vez encontrado? En efecto, así se han de buscar las realidades incomprensibles, y no crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A, qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cejar en su empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, pues cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez.

En este sentido hemos de entender lo que el Eclesiástico pone en boca de la Sabiduría: *Los que me comen sentirán hambre y los que me beben quedarán con sed*. Comen y beben, porque encuentran; y porque sienten hambre y sed, buscan. Busca la fe, encuentra el entendimiento. Por eso dice el profeta: *Si no creyereis, no entenderéis*. Sigue buscando el entendimiento al que encontró. Mira Dios a los hijos de los hombres, se canta en el Salmo inspirado, para ver si hay entre ellos algún inteligente que busque a Dios. Debe el hombre ser inteligente para buscar a Dios”; Io. eu. tr. 63, 1 : PL 35,1803-1804 ; perseu. 21, 55 : PL 45,1027-1028 ; retr. Prol. 3 : PL 32, 585-586 ; uera rel. 10, 20 : PL 34,131.

⁴ LAWLESS, G. P., “Interior Peace in the «Confessions» of St. Augustine”, en *Revue des Études Augustiniennes* 26 (1980) 45-61.

1. LA CONVERSIÓN COMO BÚSQUEDA DE LA PAZ

El proceso de la conversión de San Agustín comienza en Cartago con la lectura del libro de Cicerón *Hortensius*. Siguiendo el curso de sus estudios se ve precisado a leer y a comentar esta obra de Cicerón. La lectura de este libro le desestabilizó, le causó tal impresión que, incluso, decidió cambiar de orientación de vida.⁵

Esta obra de Cicerón le descubre, ante todo, el valor e interés de la búsqueda de la Sabiduría. Es preciso tener en cuenta que en África, en su época, Jesucristo era considerado, fundamentalmente, como la Sabiduría de Dios. De hecho se le representaba como un maestro rodeado de sus discípulos y en actitud de enseñar. Es la razón por la que San Agustín se siente decepcionado por este libro de Cicerón. Él está decidido a buscar la Sabiduría, es decir, a Cristo, pero el nombre de Cristo no aparecía en este libro: “Sólo una cosa me resfriaba tan gran incendio, y era el no ver allí escrito el nombre de Cristo.”⁶

En esta búsqueda de Cristo, Sabiduría de Dios, se dirige en primer lugar a la Sagrada Escritura. Y lee la Sagrada Escritura como no importa que otro libro de sus estudios. Pero la Sagrada Escritura habla un lenguaje muy diferente al lenguaje de la Retórica, habla el lenguaje del don, de la gracia. La Sagrada Escritura ofrece ciertamente la Sabiduría, pero no como algo que el hombre consigue a través de su esfuerzo, sino como algo que se le da u ofrece. Agustín no comprende este lenguaje. El único lenguaje que comprende es el lenguaje de la Retórica, el lenguaje del poder, de la voluntad.

La lectura de la Sagrada Escritura exige una preparación, una actitud de escucha: saber recibir o acoger, es decir la humildad⁷. San Agustín busca sin cesar la Sabiduría, es decir Cristo, y con la Sabiduría el sosiego y la paz de su espíritu. Y la buscará en los maniqueos, en los académicos, en

⁵ conf. III, 4, 7: PL 32, 685: “Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti.”

⁶ conf. III, 4, 8: PL 32, 686.

⁷ s. 51, 6: PL 38, 336: “Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras más con la agudeza del que discute que con la piedad del que busca. Con mis perdidas costumbres, yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba para que se me mantuviese cerrada. Lleno de orgullo, me atrevía a buscar lo que solo el humilde puede encontrar.”

los platónicos. Es significativo que en todas estas búsquedas siempre dice: “El nombre de Cristo no estaba allí”⁸.

San Agustín encuentra la Sabiduría cuando encuentra a Cristo y con Cristo la paz de su espíritu, el sosiego de su alma. Al describir el gozo que experimentó al encontrar la Sabiduría, es la palabra paz la que viene y acapara su espíritu: “Y clamaba en el siguiente verso con un profundo grito de mi corazón: ¡Oh, en paz!, ¡oh, en él mismo!, ¡oh qué palabras: *Me acostaré y dormiré!* Porque ¿quién nos resistirá cuando se cumpla la palabra que está escrita: *La muerte ha sido absorbida en la victoria?* “Me tocaste, y me abrasé en tu paz.”⁹

2. EL AMOR ES QUIEN LLEVA O CONDUCE A LA PAZ

La búsqueda de la paz tiene su raíz en Dios. Dios nos ha creado a su imagen y la imagen busca consciente o inconscientemente su modelo, es decir, a Dios. Esta búsqueda de Dios es ante todo un caminar con el corazón. Los pies del alma, los pies del corazón son el amor. Es el amor quien nos lleva o conduce a la paz¹⁰.

San Agustín expresa esta búsqueda de la paz, y los efectos de su encuentro en el alma, con esta frase: “Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto, hasta que no descanse en ti”¹¹ Es preciso constatar que existe una relación sumamente estrecha entre “*quies*” y paz.

Ciertamente todas las criaturas han sido hechas por Dios, pero el hombre ha sido hecho además “para Dios”, orientado hacia Dios. Cuando el hombre rompe esta orientación radical de su ser, se desequilibra (*in-*

⁸ conf. III, 4, 8: PL 32, 686; V, 14, 25: PL 32, 718; VII, 20, 26: PL 32, 747.

⁹ conf. X, 27, 38: PL 32, 795.

¹⁰ conf. XIII, 9, 10: PL 32, 848-849: “Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos levanta a allí y tu Espíritu bueno exalta nuestra humildad de las puertas de la muerte. Nuestra paz está en tu buena voluntad. El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. El aceite, echado debajo del agua, se coloca sobre ella; el agua derramada encima del aceite se sumerge bajo el aceite; ambos obran conforme a sus pesos, y cada cual tiende a su lugar. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan. Mi peso es mi amor (*pondus meum, amor meus...*), él me lleva doquiera que soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardece y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el Cántico de las gradas o subidas. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardece y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén.”

¹¹ conf. I, 1, 1: PL 32, 661.

quietum); cuando por el contrario se orienta hacia Dios, descansa (*quies*), encuentra su lugar y, por lo mismo, se pacifica. Agustín afirma: "*Minus ordinata inquieta sunt, ordinatur et quiescunt*" ¹². Nuestra "*quies*" es nuestro lugar. "*Quies*" es estabilidad, es descanso y, sobre todo, es paz. El hombre la consigue "estando" en Dios, apoyándose en Él. De hecho los atributos que San Agustín otorga a Dios son los de identidad, inmutabilidad, descanso, paz. La estabilidad como la inmutabilidad son signos de la plenitud del ser.

Todas las criaturas están ordenadas a su lugar propio. El peso del cuerpo le conduce a su puesto, a su lugar y allí descansa, encuentra estabilidad ¹³.

El hombre no encuentra su pleno descanso más que en este Bien inmutable. El verdadero descanso del hombre, su "*quies*", su paz, es su participación del descanso eterno de Dios. El hombre solo adquiere su estabilidad en Dios, Dios es su "lugar" ¹⁴.

Este descanso en Dios San Agustín la expresa con "el descanso del día séptimo". "El séptimo día" no hace referencia al orden temporal. La criatura perfecta, aquella que mediante la conversión ha sido "formada" y llega a su plenitud, a la participación de la perfección de Dios, se expresa a través del descanso del "séptimo día".

Cuando Agustín habla de la paz, del descanso del "séptimo día", no se fija tanto en Dios en cuanto creador, como en Dios como fin. Su metafísica es una metafísica del sentido más que de la causalidad ¹⁵. Cuando analiza

¹² conf. XIII, 9, 10: PL 32, 849.

¹³ conf. XIII, 9, 10: PL 32, 849.

¹⁴ gn. litt., IV, 18, 32: PL 34, 308: "Porque ni el cielo ni la tierra ni todas las cosas que en ellos se contienen, es decir, todas las criaturas, tanto espirituales como corporales, subsisten en sí mismas, sino únicamente en Aquel de quien se escribió: *en El vivimos, en El nos movemos y en El somos*. Pues aunque cada una de las partes pueden estar en el todo de quien son pare, sin embargo el mismo todo no está sino en aquel por quien fue creado; y, por lo tanto, con razón se entiende que, completado el día sexto, después de su tarde, se hizo la mañana; no para significar el principio de alguna otra criatura que había de crearse, como sucedió en los días anteriores, sino para señalar el principio de la permanencia y del descanso de todo lo creado, en el descanso de aquel que lo creó. Cuyo descanso para Dios no tiene principio ni fin, más el descanso de la criatura (en El) tiene principio, pero carece de término, y, por ende, el día séptimo comienza para la misma criatura por la mañana, mas no termina con una tarde."

¹⁵ SOLIGNAC, A., "Le repos de Dieu au septième jour", en *A Genèse au sens littéral*, BEA 48, 639-644.

los diferentes actos de la voluntad une siempre la idea de fin a la idea del descanso del deseo, es decir, al gozo y a la paz ¹⁶.

La bienaventuranza perfecta, “fin de todos los bienes” ¹⁷, se identifica con la paz perfecta: “*pax plenissima atque certissima*” ¹⁸. A ella aspiran todos los hombres consciente o inconscientemente. Esta paz es “una comunidad perfectamente ordenada y perfectamente armoniosa en el gozo mutuo de Dios” ¹⁹.

Ahora bien, “*pax omnium rerum, tranquillitas ordinis*” ²⁰. El orden es constitutivo esencial de la paz. La paz se presenta como una clase de orden, como aquel que corresponde a la tranquilidad y se opone, por lo mismo a la perturbación, a la inquietud. Esta concepción de la paz como “*tranquillitas ordinis*” encuentra su fundamento en el ser mismo de Dios.

San Agustín se plantea el problema del ser de Dios: “*Quid es ergo, Deus meus?*” “¿Qué eres Dios mío” ²¹. Y las preguntas se suceden acentuando cada vez más el carácter solemne de los diferentes títulos divinos: Dios es único: nada hay que se le compare. Es “summe”, “optime”, “*potentissime*”. Agustín acumula los superlativos absolutos. Y finaliza con este texto:

“¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abraza contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apíadate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te aires contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. *Di a mi alma: «Yo soy tu salud»*. Dilo de forma que yo lo oiga. Los oídos de mi corazón están ante ti, Señor; ábrelos y di a mi alma: «*Yo soy tu salud*». Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle” ²².

¹⁶ trin. XI, 5, 9 : PL 42, 992: “Placitum autem quieta voluntas est”; trin. XI, 6, 10 : PL 42, 992: “Requies voluntatis quem dicimus finem”.

¹⁷ ciu. XIX, 11: PL 41, 637.

¹⁸ cui. XIX, 10: PL 41, 636.

¹⁹ cui. XIX, 13,1: PL 41, 640 : “Pax caelestis civitatis ordinatissima et concordissima societas fruendi Deo et invicem in Deo”.

²⁰ ciu. XIX, 13: PL 41, 640; RONDET, H., Pax, “tranquillitas ordinis”, en *La Ciudad de Dios* 167, II (1954) 343-365.

²¹ conf. I, 4, 4: PL 32, 662.

²² conf. I, 5, 5 : PL 32, 663

Esta misma idea se expresa igualmente con plena claridad al final de las *Confesiones*²³.

La verdadera paz se obtiene mediante la participación del ser mismo de Dios. Esta participación Dios nos la otorga fundamentalmente en la vida futura: la paz de la vida eterna. La paz en esta vida no es más que algo meramente parcial. La verdadera paz es un bien que no poseemos actualmente, pero a ella tendemos por naturaleza, la buscamos sin cesar:

*“Busca la paz y corre tras ella. No te ha dicho: Tendrás paz aquí, búscala, persíguela. ¿Y adónde la iré a buscar? Adonde ella se te ha adelantado. El Señor es nuestra paz, resucitó y ascendió al cielo. Busca la paz y corre tras ella, porque también a ti, cuando resucites, te será transformado esto mortal, y abrazarás la paz, donde nadie te molestará. Allí hay una paz perfecta, donde no pasarás hambre. Porque aquí la paz te la da el pan; quita el pan y mira a ver qué guerra se desata en tu estómago. ¡Cuánto tienen que gemir los mismos justos en esta tierra, hermanos!, para que sepáis que aquí estamos buscando la paz, pero sólo la conseguiremos al final. No obstante aquí la tenemos parcialmente, para merecerla del todo en la otra vida. ¿Qué quiere decir parcialmente? Tengamos aquí un solo corazón, amemos al prójimo como a nosotros mismos. Ama a tu prójimo como a ti mismo, estate en paz con él.”*²⁴

²³ conf. XIII, 35, 50-36, 51: PL 32 867-868: “Señor Dios, danos la paz, puesto que nos has dado todas las cosas; la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin ocaso. Porque todo este orden hermosísimo de cosas muy buenas, terminados sus fines, pasará; y por eso se hizo en ellas mañana y tarde. Descansaremos en Dios, el sábado de la vida eterna.

Pero el día séptimo no tiene tarde, ni tiene ocaso, porque lo santificaste para que dure eternamente, a fin de que, así como tú descansaste el día séptimo después de tantas obras sumamente buenas como hiciste, aunque las hiciste estando en reposo, así el oráculo de tu Libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas, porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna”.

²⁴ en. ps. 33, II, 19: PL 36, 318; en. ps. 84, 10: PL 37, 1075-1076; en. ps. 71, 1: PL 36,901-902; ciu. XIX, 11: PL 41, 637: “Después de lo dicho podemos concluir que nuestros supremos bienes consisten en la paz, de igual modo que lo habíamos afirmado de la vida eterna. En efecto, muy señaladamente en uno de los sagrados salmos, y refiriéndose a esta misma ciudad de Dios –objeto de esta nuestra exposición tan trabajosa–, se dice: *Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión; que ha reforzado los cerrojos de puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti; ha puesto paz en tus fronteras*. Cuando se hayan asegurado los cerrojos de sus puertas, ya nadie más entrará en ella, y nadie de ella saldrá ya. Por sus fronteras debemos entender aquí esa paz suprema que ahora intentamos explicar. Ya el misterioso nombre de la ciudad, Jerusalén, citado más arriba, significa «visión de paz». Pero dado que la palabra *paz* se utiliza con frecuencia incluso mezclada entre las realidades perecederas, en las que ciertamente no se halla la vida eterna, para designar el fin de esta ciudad, en el

El problema que se le plantea a San Agustín es cómo lograr encontrar esa paz tan buscada, tan deseada, más aún cómo conseguir esta paz perfecta que consiste en la participación del ser mismo de Dios.

3. LAS BIENAVENTURANZAS: ASCENDIENDO HACIA LA PAZ

Poco después de su ordenación sacerdotal, hacia el 391, San Agustín explica a los fieles de Hipona el *Sermón de la Montaña*, siguiendo la versión del Evangelio de San Mateo, pero deteniéndose, casi exclusivamente, en las Bienaventuranzas. No comenta, por consiguiente todo el discurso de Jesús, sino solo una parte, las Bienaventuranzas, ya que las considera como el resumen de toda la vida cristiana.

Las Bienaventuranzas son para él los grados o pasos que es preciso recorrer para alcanzar la perfección cristiana, la unión con Dios y, por lo mismo, la paz.

Agustín, y es un aspecto original de su pensamiento, reduce las Bienaventuranzas a siete. La octava bienaventuranza, "*Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia*", la considera como un retorno de la primera, más aún, como una recapitulación de todo el itinerario de ascensión hacia la unión con Dios:

"Son siete, por tanto, las bienaventuranzas que llevan al cumplimiento; pues la octava, como volviendo todavía al principio, clarifica y muestra lo que ha sido cumplido, a fin de que a través de estos grados sean completados también los demás."²⁵

Son siete, por consiguiente, los grados o pasos que nos llevan o conducen a la perfección, a la paz. Ya en su obra *De quantitate animae*²⁶ San Agustín había realizado un análisis de las diferentes actividades del alma y las había reducido a siete. La perfección se consigue pasando gradualmente de una a otra. En *De Genesi contra manichaeos*²⁷ compara o relaciona la vida del alma con los días de la creación. En el día séptimo el hombre goza, en el cielo, de la paz perfecta. Acentúa, por lo mismo, el "descanso" de Dios frente a las calumnias de los mani-

que consistirá su bien supremo, hemos preferido la expresión «vida eterna» más bien que «paz».

²⁵ s. dom. m. I, 3, 10 : PL 34,1234.

²⁶ an. quant. 33, 70-76 : PL 32,1073-1077.

²⁷ gn. adu. man. I, 25, 43 : PL 34,194.

queos. En el *De vera religione*²⁸ hace igualmente una descripción de la vida espiritual dividiéndola en siete etapas²⁹. Al hablar del séptimo y último grado de este camino hacia la perfección resalta la calidad de “término”, de “fin” y, por lo mismo, la plenitud de la perfección. En *De quantitate animae* dice:

“En la misma visión y contemplación de la verdad, que constituye el séptimo y último grado del alma (no es ya grado, sino cierta mansión adonde se llega a través de los grados), ¿cómo expondré yo las alegrías, el goce del supremo y verdadero bien, la inspiración de su serenidad y eternidad que allí habrá? Grandes e incomparables almas hablaron de estas cosas cuanto creyeron conveniente, y creemos que también las vieron y las ven. Claramente me atrevo a decirte ahora esto. Nosotros, si observamos constantemente el camino que Dios nos manda y que tomamos para seguirle, hemos de llegar por la Virtud y Sabiduría de Dios, a aquella suprema causa, o al supremo autor, o al supremo principio de todas las cosas, o llámese como se quiera con más propiedad a cosa tan grande [. .] Es tan grande el placer contemplando la verdad, sea cualquiera el aspecto bajo el cual la puede contemplar uno; es tanta la pureza, la sinceridad, tan inmutable su fe, que jamás creerá haber sabido algo en otro tiempo, cuando le parecía tener ciencia. Y para que no sea prohibido al alma toda unirse por completo a toda la verdad, llega a desear, como supremo beneficio, la muerte, que antes temía, es decir, la fuga y la evasión completa de este cuerpo.”³⁰

San Agustín expresa igualmente la perfección con el simbolismo del número siete. El número siete significa plenitud y, de forma más concreta, santidad o santificación³¹.

²⁸ vera rel. 26, 48- 27,50 : PL 34, 143-144.

²⁹ LAGOUANERE, J., “Le schème de l’hebdomade dans les premiers écrits de saint Augustin”, *Revue des Etudes Augustiniennes et Patristiques* 60(2014) 33-65.

³⁰ a. quant. 33, 76: PL 32,1076-1077.

³¹ Io.ev. tr. 122, 8: PL 35, 1963: “¿Dónde, pues, ha sonado en la Ley la santificación, sino a propósito del día séptimo? En efecto, Dios no santificó el día primero, en que *hizo la luz*; ni el segundo, en que *hizo el firmamento*; ni el tercero, en que *separó de la tierra el mar y la tierra* produjo *hierba y árboles*; ni el cuarto, en que fueron creados los astros; ni el quinto, en que lo fueron los animales que viven en las aguas y vuelan en el aire; ni el sexto, en que fueron creados el alma viva y el hombre mismo; sino que *santificó* el día séptimo, en que *descansó de sus obra*. Por tanto, el número siete alude apropiadamente al Espíritu Santo.”

San Agustín nos ofrece con claridad su pensamiento sobre la séptima bienaventuranza, “*Bienaventurados los que trabajan por la paz*”, en este texto:

“Felices los hacedores de paz, porque se llamarán los hijos de Dios. La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna; y, por tanto, son hijos de Dios los pacíficos, porque nada en ellos resiste a Dios; pues, en verdad, los hijos deben tener la semejanza del Padre. Son hacedores de paz en ellos mismos los que, ordenando y sometiendo toda la actividad del alma a la razón, es decir a la mente y a la conciencia, y dominando todos los impulsos sensuales, llegan a ser Reino de Dios, en el cual de tal forma están todas las cosas ordenadas, que aquello que es más principal y excelso en el hombre, mande sobre cualquier otro impulso común a hombres y animales, y lo que sobresale en el hombre, es decir la razón y la mente, se someta a lo mejor, que es la misma verdad, el Unigénito del Hijo de Dios. Pues nadie puede mandar a lo inferior si él mismo no se somete a lo que es superior a él. Esta es la paz que se da en la tierra a los hombres de buena voluntad, es la vida dada al sabio en el culmen de su perfección. De este mismo reino tranquilo y ordenado ha sido echado fuera el príncipe de este mundo, que es quien domina a los perversos y desordenados. Establecida y afianzada esta paz interior, sea cual fuere el tipo de persecución que promueva quien ha sido echado fuera, crece la gloria que es según Dios; y no podrá derribar parte alguna de aquel edificio y con la ineficacia o impotencia de las propias máquinas de la guerra, significa la gran solidez con que está estructurada desde el interior. Por esto continúa: Felices aquellos que sufren persecución por ser honestos, porque de ellos es el reino de los cielos³².

Las Bienaventuranzas son, por consiguiente, siete pasos o siete escalones en el ascenso hacia la paz, en el ascenso hacia Dios. Sans Agustín ve las Bienaventuranzas como el camino que él mismo tuvo que recorrer durante largos años para encontrar a Cristo. En realidad las Bienaventuranzas expresan con claridad el camino o el proceso de su conversión

“Te hacemos, pues, patente nuestro afecto confesándote nuestras miserias y tus misericordias sobre nosotros, para que nos libres enteramente, ya que comenzaste; para que dejemos de ser miserables en nosotros y seamos felices en ti, ya que nos llamaste; y para que seamos pobres de espíritu, y mansos, y llorosos, y hambrientos, y sedientos de justicia, y misericordiosos, y puros de corazón, y pacíficos.”³³

³² s. dom.m. I, 2, 9: PL 34, 1233.

³³ conf. XI, 1, 1: PL 32, 809.

4. DIOS FUNDAMENTO DE LA PAZ

Para comprender la riqueza de este texto y, por lo mismo, el sentido del ascenso hacia la paz, propio de las Bienaventuranzas, es preciso partir del concepto de Dios que tenía San Agustín en aquel preciso momento. Su concepto de Dios está dependiendo de Porfirio y de la Sagrada Escritura. Identifica a Dios con el Ser-en-sí fundamentándose en *Ex 3, 14*. Su característica más importante es, por lo mismo, la inmutabilidad ³⁴.

Dios es creador y, en cuanto tal, confiere el ser a las criaturas. El acto creador hace que la criatura dependa del Ser mismo de Dios. El ser de las criaturas es por lo mismo un ser recibido, dado. Las criaturas poseen un ser relativo y limitado.

“Sólo tiene el ser sumo y primero el que es totalmente inmutable y que con toda verdad pudo decir: *Yo soy el que soy*. Les dirás: *El que es me ha enviado a vosotros*. Por lo tanto, todas las cosas que existen, no podrían existir a no ser por Él; y en tanto son buenas en cuanto que recibieron el ser.” ³⁵

Las criaturas tienen el ser por participación del soberano Bien. Esta participación del ser tiene como característica fundamental el hecho de ser mutable ³⁶.

³⁴ Io. ep. tr. 4, 5: PL 35, 2008: “Prestad atención ya a qué se designa con «es». Lo sabéis. Aquello a lo que se llama «es» y no sólo se le llama, sino que lo es en verdad, es inmutable; permanece por siempre, desconoce el cambio y la corrupción; ni va a más, porque ya es perfecto, ni a menos, porque es eterno”; En ps 89, 3: PL 37, 1142: “*Tú existes desde el siglo y hasta el siglo (a saeculo et usque in saeculum)*”; lo que más exactamente se diría: ¿desde la eternidad hasta la eternidad? (ab aeterno in aeternum), puesto que Dios es anterior a los siglos, y no tendrá fin. Pero por una palabra griega ambigua, sucede con frecuencia en la Escritura que los traductores latinos escriben siglo por eternidad, o también eternidad en lugar de siglo. Pero con toda razón no dice: ¿Tú exististe desde el siglo y existirás hasta el siglo?, sino que puso el verbo en presente: ¿Tú existes?, insinuando así que la naturaleza de Dios es absolutamente inmutable, donde no hay el fue ni el será, sino únicamente el es. Por eso está escrito “*Yo soy el que soy*”; en. ps. 134, 4: PL. 37, 1740-1741.

³⁵ doctr. chr. I, 32, 35: PL 34, 32.

³⁶ diu. qu. q 83, 24: PL 40, 17: “Pero todo lo que es, en cuanto es, es bueno. Porque es sumamente bueno aquel bien por cuya participación son buenas las demás cosas. Y todo lo que es mutable es bueno, en cuanto es no por sí mismo, sino por la participación del bien inmutable. Finalmente, el bien por cuya participación son buenas las demás cosas, sean las que sean, no por otro sino por sí mismo es bueno, al que llamamos más bien divina Providencia.”

“Dios es el supremo e infinito bien, sobre el cual no hay otro: es el bien inmutable y, por tanto, esencialmente eterno e inmortal. Todos los demás bienes naturales tienen en él su origen, pero no son de su misma naturaleza. Lo que es de la misma naturaleza que él no puede ser más que él mismo. Todas las demás cosas, que han sido hechas por él, no son lo que él es. Y puesto que sólo él es inmutable, todo lo que hizo de la nada está sometido a la mutabilidad y al cambio. Es tan omnipotente, que de la nada, es decir, de lo que no tiene ser, puede crear bienes grandes y pequeños, celestiales y terrestres, espirituales y corporales.”³⁷

Todas las criaturas dicen relación a Dios según diferentes grados, según su proximidad o su lejanía del ser de Dios, de su inmutabilidad. De la participación de cada criatura del ser de Dios está dependiendo el grado de perfección de su ser. Más aún, entre las criaturas existe un orden. Todas están ciertamente subordinadas a Dios, pero no de forma igual, sino según un cierto criterio de diferenciación y jerarquía.

El orden que existe entre los seres resulta de la voluntad creadora de Dios; brota de su acto creador: “Dios es la esencia suprema, es decir, el que existe en grado sumo, y, por tanto, es inmutable; ahora bien, al crear las cosas de la nada, les dio el ser; pero no un ser en sumo grado, como es Él, sino que a unas les dio más ser y a otras menos, creando así un orden de naturaleza basado en los grados de sus esencias.”³⁸

Ciertamente la noción de ser, para San Agustín, hace referencia a la noción de inmutabilidad. La noción de mutabilidad caracteriza a las criaturas. Según el grado de mutabilidad las criaturas se ordenan entre sí³⁹. La

³⁷ nat. b. 1, 1 : PL 42, 55.1

³⁸ ciu. XII, 2: PL 41, 350; c. ep. man. , 25,27: PL 42,191: “En consecuencia, si estáis convencidos de que el Dios todopoderoso puede hacer algún bien a partir de la nada, venid a la Iglesia católica y aprended que todas las naturalezas, hechas y creadas por Dios, ordenadas según los grados del ser desde las supremas hasta las ínfimas, son buenas todas, pero unas mejores que otras, y todas ellas hechas de la nada, puesto que el artífice divino obra con su poder, por así decir, mediante su sabiduría, a fin de que pueda ser lo que no era y en cuanto sea, sea bueno; y, por el contrario, en la medida en que es deficiente, muestra que no ha sido engendrado por Dios, sino hecho por él de la nada.” c. Faust. 21, 5: PL 42, 391: “Aunque los seres celestes y terrestres son diferentes entre sí, el arte divino que los crea, es en todos ellos idéntico a sí mismo, ya que es doquier perfecto en el hacer perfecto a todo ser dentro de su género. No creó el universo con la simple suma de los distintos seres, sino que, creando cada uno de ellos ordenados al conjunto del universo, se otorga entero a sí mismo en la creación de cada uno, haciendo y disponiendo todo de forma ajustada a sus lugares y orden respectivo, y otorgando a todos en particular y en conjunto lo que le conviene.”

³⁹ ep. 18, 2 : PL 33, 85.

criatura espiritual es superior a la corporal ya que la espiritual no cambia más que en el tiempo, la corporal cambia en el tiempo y en el espacio ⁴⁰. “Entre estas realidades establecidas por Dios el alma racional es superior a todas las demás criaturas.” ⁴¹

Existen tres niveles o grados de inmutabilidad como existen igualmente tres órdenes a niveles de la acción de unos seres sobre otros: “El espíritu creado se mueve a sí mismo en el tiempo, y mueve al cuerpo en el tiempo y en el espacio; el Espíritu creador se mueve a sí mismo sin tiempo y sin espacio, y mueve al espíritu creado en el tiempo sin el espacio y mueve al cuerpo en el tiempo y en el espacio.” ⁴²

5. EL HOMBRE CREADO PARA LA PAZ

Si fijamos la atención en el ser del hombre podemos constatar que la reflexión sobre el hombre se encuentra presente de forma insistente, constante en toda la obra de San Agustín ⁴³. San Agustín no cesa de preguntarse: “*Quid ergo sum? Quae natura ego sum?*” ⁴⁴

Cuando trata de definir al hombre toma las definiciones comunes de su época: “Y nos interesa mucho saber que el hombre fue definido por los antiguos sabios así: el hombre es un animal racional, mortal” ⁴⁵ Otras veces lo define diciendo que consta de cuerpo, alma y espíritu ⁴⁶. Pero espíritu y alma no designan dos realidades diferentes sino dos actividades espirituales diferentes: vivificar el cuerpo (anima) y actividades espirituales propias del hombre por las que se diferencia de los animales.

Pero el hombre es para San Agustín, ante todo, un ser creado y creado a imagen y semejanza de Dios. En cuanto tal participa en cierto modo

⁴⁰ Gen. litt. VIII, 20, 39 : PL 34, 388.

⁴¹ diu. qu. 83, 46 : PL 40, 30-31.

⁴² Gen. litt. VIII, 20, 39 : PL 34, 388.

⁴³ GARCÍA ÁLVAREZ, J., “La constitución del sujeto en San Agustín”, en *Burgense* 48/2 (2007) 465-490

⁴⁴ conf. X, 17, 26 : PL 32, 790.

⁴⁵ ord. II, 11, 30: PL 32, 1009; an. quant. 25, 47: PL 32, 1062: “Suele, por tanto, completarse esta definición de hombre añadiendo la palabra racional a mortal, puesto que el hombre es un animal mortal racional.”

⁴⁶ an. et or. IV, 2, 3: PL 44, 525: “La naturaleza del hombre está constituida, ciertamente, por un espíritu, un alma y un cuerpo.”

del ser mismo Dios ⁴⁷, de unidad, de inmutabilidad. Todo ser es uno en la medida en que participa de la unidad de Dios y en esa misma medida es:

“Todo objeto herido por la corrupción decae de lo que era y pierde su permanencia y hasta su ser, porque el ser y la permanencia son correlativos: he aquí por qué es inmutable en sí mismo el ser que lo es en el más alto y sumo grado.[. . .] Algunas cosas cambian para ser mejores, lo que es una tendencia hacia el ser: es un retorno, una conversión, no una perversión o destrucción; y porque la perversión es destrucción del orden, la tendencia al ser es tendencia al orden; y conseguido el orden, tocan al ser mismo en cuanto lo sufre la capacidad de la criatura. El orden reduce a una cierta unidad lo que organiza. La esencia del ser es la unidad, y en la misma medida que es uno es ser; la obra de la unidad es producir la conveniencia y la concordia, por las que las cosas compuestas tendrán la medida de su ser; mientras que las cosas simples son por sí mismas, pues ellas son la unidad; las que no lo son imitan esta unidad por la concordia de sus partes, y la medida de su unión es la medida de su ser. Concluyo, pues, que el orden produce el ser; el desorden, al contrario, que se puede llamar también perversión y corrupción, produce el no ser.” ⁴⁸

En cuanto ser creado, el hombre posee una unidad primordial, ontológica. Según la definición clásica, que San Agustín adopta, el hombre está compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo, en cuanto material, está compuesto de muchas partes, pero no podría ser realmente cuerpo si no tuviese una cierta unidad ⁴⁹. El alma informa al cuerpo, le da vida y le mantiene en su unidad de cuerpo humano ⁵⁰.

Pero el alma no es y nada tiene por sí misma; todo lo que es y tiene, lo es y tiene por Dios. Es imagen de Dios y en cuanto tal está orientada

⁴⁷ diu. qu. 83, 46, 2: PL 40, 30-31: “Pero en cuanto al alma racional, supera a todas las cosas entre esas realidades que han sido creadas por Dios. Está próxima a Dios cuando es pura, y en la medida en que se hubiese unido a Él por la caridad, en esa medida ella contempla inundada e iluminada por Él con aquella Luz inteligible, no por medio de ojos corporales, sino por la luz principal de su propio ser con la cual sobresale, es decir, por medio de su inteligencia, esas razones por cuya visión se hace felicísima.”

⁴⁸ mor. II, 6, 8: PL 32, 1348.

⁴⁹ vera rel. 34, 63: PL 34,150: “Pues todo cuerpo es verdadero cuerpo, pero falsa unidad, por no ser perfectamente uno ni acabada ecuación de la unidad; y, no obstante, ni el cuerpo mismo existiría sin ser uno de algún modo. Y, en verdad, lo que de algún modo es uno no podría serlo sin participar lo que tiene de la perfecta unidad.”

⁵⁰ Gn. adu. Man. II, 7, 9: PL 34, 201: “El alma vivificando la materia del cuerpo la conforma en unidad armónica y no le permite que se corrompa y disuelva”.

hacia Dios. Cuando permanece en su puesto, en su lugar respecto a Dios y respecto al cuerpo, Dios está presente en ella. Pero cuando no acepta ser imagen y quiere ser por sí misma se vacía de su ser y todas su potencias se dispersan, se diseminan. Pierde la unidad y con la unidad el ser⁵¹. Deseando ser más se empobrece: “Trata de ser semejante a Dios por sí misma, y así se aleja de Él, se desliza y cae de menos en menos cuando creía ir de más en más”.⁵²

El alma que se aleja de sí, se aleja de Dios: “Y lo mismo que se había alejado de sí misma, habíase alejado de su Señor.”⁵³ Y en dicho caso el alma vive desorientada, carece de centro de gravedad. Vive por lo mismo en inquietud y desequilibrada.

Ahora bien, es preciso que el alma recupere su “quies”, su “equilibrio”, su paz. Para ello es necesario que recupere su “locus”, su lugar y se oriente de nuevo hacia Dios, es decir que fije su mirada en Dios: “Conviene que el inferior se someta al superior, para que también el que quiere que le esté sometido lo inferior se someta a lo superior. Reconoce el orden, busca la paz. Tú a Dios, la carne a ti.”⁵⁴

6. CRISTO, CAMINO HACIA LA PAZ

Esta paz se consigue mediante la ayuda de Cristo⁵⁵. Cristo es el camino de la paz y nos lleva a la perfección de la paz a través de las Bienaventu-

⁵¹ mus. VI, 13, 40: PL 32, 1185: “Porque el alma nada es por sí misma, pues de no ser así, tampoco sería cambiante ni podría sufrir merma en su esencia. Y, lógicamente, como nada es ella por sí misma, y cuanto ella tiene en su ser le viene de Dios, cuando se mantiene en su propio rango es fortalecida, en su espíritu y conciencia, por la presencia de Dios mismo. Así, pues, ella tiene habitualmente este bien interior. Por lo cual hincharse de soberbia es para ella echarse al exterior y, por así decirlo, vaciarse, que vale tanto como ir en su ser de menos a menos. ¿Y qué otra cosa significa echarse al exterior sino echar afuera la intimidad, es decir, alejar de sí a Dios, no por un espacio de lugar, sino por afecto del corazón?”

⁵² trin. X, 5, 7: PL 42, 977; Id. XII, 9, 14-11, 16: PL 42, 1005-1007.

⁵³ s. 142, 3: MA 696.

⁵⁴ en. Ps. 143, 6: PL 37.

⁵⁵ cons. eu. I, 35, 53: PL. 34, 1069: Cristo es la Sabiduría de Dios, por la que todo fue creado, y ninguna mente racional angélica o humana se hace sabia si no es por la participación en ella, a la que nos adherimos por medio del Espíritu Santo, por quien se derrama la gracia en nuestros corazones, la cual Trinidad es un solo Dios. Por lo cual, la divina Providencia miró por el bien de los mortales, cuya vida temporal se desarrollaba entre cosas que nacen y mueren. Y ello hasta el punto de que la misma Sabiduría de Dios, asumida en la unidad de su persona la naturaleza humana en la que nació en el tiempo, vivió, murió y resucitó, predicando y haciendo lo conveniente para nuestra salvación; mediante su sufri-

ranzas. Las Bienaventuranzas son el resumen de toda su enseñanza: “Todos los preceptos necesarios para la perfección cristiana se encuentran en ellas” ⁵⁶.

Trabajar por conseguir la paz exige seguir a Cristo. Seguir a Cristo es vivir cada una de las Bienaventuranzas. Cada Bienaventuranza es un paso, un escalón que nos acerca a la paz, que nos acerca a Cristo ya que Cristo es nuestra paz.

“¿Cuál es la heredad? ¿Cuál nuestra patria? ¿Cómo se llama? Paz. Por ella os congratulo; ésta os anunciamos; ésta es la que reciben los montes, al par que los collados la justicia. Ella es Cristo, *pues Él* —dice San Pablo— *es nuestra paz; el cual hizo de dos pueblos uno y derribó la muralla de división*. Porque somos hijos poseemos heredad. ¿Cómo se llama esta heredad? Paz. Ved, pues, que los desheredados no aman la paz; no aman la paz, porque dividen la unidad. La paz es la posesión de los piadosos, la posesión de los herederos. ¿Quiénes son los herederos? Los hijos. Oíd el Evangelio: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* [. . .] Luego si *el que ve la paz* es lo mismo que *el que ve a Dios*, con razón Dios es también la paz. Luego como Cristo, Hijo de Dios, es la paz, por eso vino a recoger a los suyos y a apartarlos de los iníquos.” ⁵⁷

El último grado en la ascensión de las Bienaventuranzas es la contemplación ⁵⁸. En la Bienaventuranza, “*bienaventurados los que trabajan por la paz*”, el alma se hace capaz de la visión de Dios. “Tendremos una común visión, Dios; nuestra común posesión será Dios; una paz común tendremos: Dios; todo lo que ahora se nos da, será sustituido por él mismo. Él será la absoluta y perfecta paz.” ⁵⁹.

El hombre con su espíritu perfectamente ordenado, vive en quietud, encuentra su propio “lugar”. La paz es la meta de las Bienaventuranzas.

“Esta paz no tendrá final de tiempo, sino que esa misma será meta de toda nuestra intención y acción virtuosa. En vista de ésta somos im-

miento y paciencia, se hizo también abajo modelo de regreso para los nombres, él que en lo alto es ejemplo para los ángeles de permanencia. Pues a no ser que en la naturaleza del alma racional surgiese algo temporal, es decir, comenzase a existir lo que no existía, nunca daría el paso de la vida pésima y necia a la sabia y óptima.

⁵⁶ s. Dom. m. I, 1 : PL 34, 1231.

⁵⁷ en. Ps. 124, 10 : PL 37,1655-1656.

⁵⁸ gn. litt. XII, 24, 51 : PL 34,474-475.

⁵⁹ en. ps. 84, 10 : PL 37, 1075-1076.

buidos en sus sacramentos, en vista de ésta se nos instruye en sus admirables obras y discursos, en vista de ésta hemos recibido *la prenda de su Espíritu*, en vista de ésta creemos y *esperamos en él* y en su amor somos inflamados en la medida en que él nos lo regala; con esta paz somos consolados en todas las aflicciones, con ésta somos librados de todas las aflicciones, en vista de ésta soportamos valientemente toda *tribulación*, para reinar felizmente en ella sin tribulación alguna.”⁶⁰

7. LA PAZ DEL ESPÍRITU

La paz posee en primer lugar un aspecto personal e interior: la paz del espíritu, la paz del alma. Esta paz es el resultado de la sumisión del cuerpo al alma y del alma a Dios. Solo quien vive en paz consigo mismo podrá otorgarla, darla a los otros:

“Si quieres ser artífice de paz entre dos amigos tuyos en discordia, comienza a obrar la paz en ti mismo: debes pacificarte interiormente donde, quizá, combates contigo mismo una lucha cotidiana.[. . .] Si, pues, existe dentro del hombre mismo cierta lucha cotidiana, y el resultado de esa laudable lucha es que lo inferior no se imponga a lo superior, que la libido no venza a la mente ni la concupiscencia a la sabiduría, ésta es la paz recta que debes producir en ti: que lo que hay de más noble en tu persona impere sobre lo que le es inferior. Lo más noble que posees es aquello en que reside la imagen de Dios. A esto se le denomina mente, se le llama inteligencia; allí arde la fe, allí se fundamenta la esperanza, allí se enciende la caridad. ¿Quiere tu mente ser capaz de vencer tus apetitos desordenados? Sométase a quien es mayor que ella y vencerá a lo que le es inferior. Entonces habrá en ti una paz verdadera, segura, ajustada plenamente al orden”⁶¹

Trabajar por consiguiente por la paz es, en primer lugar, buscar la paz en sí mismo. Para ello es preciso recorrer el camino de las Bienaventuranzas, ascender paso a paso, una tras otra hasta la paz. Este caminar hacia la paz solo se consigue mediante la ayuda del Espíritu Santo. Es El Espíritu Santo quien nos eleva hacia la paz: “*Quienes se dejan conducir por el Espíritu, esos son los hijos de Dios*. Dichosos los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”⁶²

⁶⁰ Io. ev tr. 104, 1 : PL 35,1901-1902.

⁶¹ s. 53A, 12 : PLS 2, 683-684.

⁶² s. 53A, 12 : PLS 2, 684.

“Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos; subimos las *ascensiones* dispuestas en nuestro *corazón* y cantamos el *Cántico de las gradas* o subidas. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén, porque *me he deleitado de las cosas que aquéllos me dijeron: Iremos a la casa del Señor*⁶³.

8. LA PAZ: PROYECTO CREADOR DE DIOS

Dios ha creado todas las criaturas ordenándolas hacia un único fin, hacia la belleza y, con la belleza, a la paz.

“Porque la sabiduría de Dios se extiende de este modo de uno a otro confín, y por ella el supremo Artífice coordinó todas sus obras para un fin de hermosura.”⁶⁴

No ha creado Dios a los seres separados y ajenos unos de otros, todos están estrechamente unidos entre sí y en perfecta armonía. En el orden hay ciertamente pluralidad: los seres son diferentes unos de otros, pero Dios ha colocado a cada uno en su justo y propio lugar.

“La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar.”⁶⁵

En el momento de la creación Dios ama ciertamente a todas las criaturas del universo y las ha ordenado según su grado de su perfección: “Amó a todos aquellos seres, aunque ordenados en diversos grados de excelencias, porque vio Dios que eran buenos después de haberlos creado con su palabra.”⁶⁶

Entre estas criaturas del universo Dios otorga al hombre un lugar privilegiado. Lo crea y lo llama a vivir en paz y concordia con todos los demás seres del universo. La naturaleza del hombre está orientada radicalmente a la unión, a la comunión. En efecto, Dios ha creado al hombre a su imagen.

⁶³ conf. XIII, 9, 10 : PL 32, 849.

⁶⁴ ver. rel. 39, 72: PL 34, 154.

⁶⁵ ciu 19, 13: PL 41, 640.

⁶⁶ div. qu. I, 2, 8: PL 40, 116.

Y Dios es misterio de Trinidad, es decir, misterio de unión, de comunión, de paz. El hombre es pues un ser de comunión, un ser de relación y de paz

“Dado que cada persona en concreto es una porción del género humano y la misma naturaleza humana es de condición sociable, de ello se sigue una grande excelencia natural, como es el vínculo solidario de la amistad entre todos los hombres.”⁶⁷

En el hombre hay, en primer lugar, una orientación, una tendencia hacia Dios. En cuanto imagen de Dios el hombre busca, consciente o inconscientemente, a su modelo, busca a Dios. Agustín llama a esta orientación radical del hombre hacia Dios “amor”, “peso”, “pies del alma”

“Hay dos clases de pesos. Se entiende por peso un cierto impulso de cualquier cosa que, por hablar de algún modo, trata de buscar el lugar que le es propio. Tal es la noción de peso. Tomas en tu mano una piedra y sientes su peso. Tu mano la siente pesada porque busca el lugar que le es propio. ¿Quieres ver qué es o que busca? Retira la mano; la piedra se va al suelo y en él se queda quieta; ha llegado al punto adonde tendía, ha encontrado su lugar propio. Según vemos, aquel peso era un movimiento casi espontáneo, inanimado, insensible. Hay otros elementos que buscan su lugar hacia arriba. Por ejemplo, si derramas agua sobre aceite, por su propio peso el agua tiende hacia abajo. Busca el lugar que le es propio; busca ajustarse al orden, ya que situarse el agua sobre el aceite va contra el orden. Según eso, mientras no consiga restablecer su propio orden ni alcanzar el lugar que le es propio, su movimiento es inquieto. A la inversa, pon aceite debajo del agua. Suponte, por ejemplo, que una vasija de aceite se cae al agua, llega al fondo del mar y se rompe. Pues bien, el aceite no aguanta quedar debajo. Al igual que el agua que se derrama sobre el aceite que, por su propio peso, busca abajo su lugar propio, le ocurre al aceite que se coloca debajo del agua: por su propio peso busca hacia arriba el lugar que le corresponde. Y si esto es así, hermanos, ¿adónde tienden el fuego y el agua? El fuego se eleva hacia arriba, busca el lugar que le es propio y el agua busca su sitio y lo busca por su propio peso. La piedra tiende hacia abajo y lo mismo pasa con la madera, las columnas y el barro con que se construyen estas casas. Pertenecen al género de cosas que por su propio peso tienden hacia abajo. Es evidente, por tanto, que tienen su cimiento abajo porque su propio peso las lleva hacia abajo; y si no cuentan con una base que las soporte, todo se desploma, porque todo tiende hacia la tierra. Por consiguiente, la base o cimiento de todas las cosas que tienden hacia abajo se pone abajo.”⁶⁸

⁶⁷ b. coniug. 1, 1: PL 40, 374.

⁶⁸ en. ps. 29, II, 10 :PL 36, 222-223.

Esta idea es permanente en San Agustín. La encontramos expresada con claridad en las *Confesiones* y en *La Ciudad de Dios*.

“El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. El aceite, echado debajo del agua, se coloca sobre ella; el agua derramada encima del aceite se sumerge bajo el aceite; ambos obran conforme a sus pesos, y cada cual tiende a su lugar. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan. Mi peso es mi amor (*pondus meum, amor meus...*), él me lleva doquiera que soy llevado.”⁶⁹

“Son como amores de los cuerpos la fuerza de sus pesos, ya tiendan hacia abajo por la gravedad, ya hacia arriba por la levedad. En efecto, como el alma es llevada por el amor adondequiera que es llevada, así lo es también el cuerpo por el peso.”⁷⁰

Pero en el hombre existe, además, una orientación hacia todos los demás hombres. Esta orientación es el fundamento de toda relación social. Existe en la naturaleza del hombre una tendencia radical hacia la amistad, más aún, una especie de lazo que le une a todos los hombres. Esta lazo de unión es el amor, pero bajo la forma de amistad.

“Dado que cada persona en concreto es una porción del género humano y la misma naturaleza humana es de condición sociable, de ello se sigue una grande excelencia natural, como es el vínculo solidario de la amistad entre todos los hombres.”⁷¹

La amistad se encuentra, según San Agustín, en la base y como fundamento de toda sociedad humana. La característica más profunda de la amistad es la concordancia, es decir, la paz. De hecho “la paz entre los hombres es su concordancia bien ordenada.”⁷² De la misma forma que todo hombre busca consciente o inconscientemente a Dios: “Oh Dios, a quien aman toda criatura que es capaz de amar, consciente o inconscientemente”⁷³ todo hombre busca, igualmente, consciente o inconscientemente la paz⁷⁴.

⁶⁹ conf. 13, 9, 10: PL 32, 848-849.

⁷⁰ ciu. 11, 28: PL 41, 342.

⁷¹ b. coniug. 1, 1 : PL 40, 374.

⁷² ciu. 19, 13 :PL 41,640.

⁷³ sol. I, 1, 2 : PL 32, 869.

⁷⁴ ciu. 19, 10 :PL 41, 636.

Lo que fundamenta la paz como aquello que la destruye es la orientación del amor: el amor del bien común constituye lo que San Agustín llama “Ciudad de Dios”, como el amor del propio poder constituye la “Ciudad de los hombres”

“Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor. Aquélla solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: *Gloria mía, Tú mantienes alta mi cabeza*. La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquélla ama su propia fuerza en los potentados; ésta le dice a su Dios: *Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza*. ” ⁷⁵

Frente a este orden, paz y armonía creados por Dios surge el desorden. Su origen se encuentra en el pecado, en el alejamiento de Dios. El pecado es desear mi parte separada de tu parte, mi vida separada de tu vida. El pecado es la muerte de la armonía, de la paz. El hombre se aleja de Dios y al alejarse de Dios se aleja necesariamente de los demás y, lejos de Dios, el hombre vive descentrado, desorientado.

La raíz de esta desorientación se encuentra en el orgullo, en la soberbia. Quien vive en y desde la soberbia desea ser y vivir exclusivamente por sí mismo, al margen de todo y de todos.

“Y, ¿cuál pudo ser el principio de la mala voluntad sino la soberbia? El principio de todo pecado es la soberbia. Y ¿qué es la soberbia sino el apetito de un perverso encumbramiento? El encumbramiento perverso no es otra cosa que dejar el principio al que el espíritu debe estar unido y hacerse y ser, en cierto modo, principio para sí mismo. Tiene esto lugar cuando se complace uno demasiado en sí mismo. Y se complace así cuando se aparta de aquel bien inmutable que debió agradarle más que él a sí mismo.” ⁷⁶

⁷⁵ ciu. 14, 28: PL 41, 436.

⁷⁶ ciu. 14, 13, 1: PL 41, 420.

9. REUNIR A LOS HIJOS DE DIOS DISPERSOS (Jn 11, 52)

A pesar del pecado, causa y origen del desorden, Dios no abandona su proyecto inicial de paz y unidad. Interviene para restablecer la unidad perdida. Envía a su Hijo, el Verbo, por quien “todo ha sido hecho” (Jn 1, 1) El Verbo de Dios se hace hombre. En el misterio de la Encarnación el Verbo de Dios asume la naturaleza humana precisamente para restablecer la unidad de los hombres con Dios y de los hombres los unos con los otros

“Nuestro Señor Jesucristo es el verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas. Este Verbo, con el fin de redimirnos, se hizo hombre y habitó entre nosotros. El que es Dios, sobre todas las cosas, Hijo igual al Padre, se hizo hombre, para que, siendo hombre-Dios, fuera mediador entre los hombres y Dios, y así reconciliase a los alejados, uniese a los separados, llamase a los repudiados y acompañase a los desterrados y peregrinos. Para eso se hizo hombre.”⁷⁷

El proyecto de Dios es reunir a los hijos dispersos. Para ello Cristo se hace nuestra paz (Eph 2, 14). Pero Cristo no es solamente Jesús de Nazareth; se hace igualmente presente en medio de nosotros en la Iglesia.

“Por cuanto he podido vislumbrar en las páginas sagradas, hermanos, a nuestro Señor Jesucristo se le considera y nombra de tres modos cuando es anunciado tanto en la ley y los profetas como en las cartas apostólicas o en los hechos merecedores de fe que conocemos por el Evangelio. El primero de ellos, anterior a la ascensión de la carne, es en cuanto Dios y en referencia a la divinidad, igual y coeterna a la del Padre. El segundo se refiere al momento en que ha asumido ya la carne, en cuanto se lee y se entiende que el mismo que es Dios es hombre y el mismo que es hombre es Dios, según una cierta propiedad de su excelcitud, por la que no se equipara a los restantes hombres, sino que es mediador y cabeza de la Iglesia. El tercer modo es lo que en cierta manera denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular.»⁷⁸

⁷⁷ en. Ps. 100, 3 : PL 37.

⁷⁸ s. 341, 1: PL 1493.

10. LA IGLESIA: SACRAMENTO DE LA PAZ

La Iglesia es una de las formas que Cristo adopta para hacerse presente y restablecer el proyecto divino de unidad y de paz. Cristo y la Iglesia son absolutamente inseparables. Para expresar esta unión San Agustín habla del “Cristo Total” y expresa esta unión con término sumamente fuertes.

“Felicitémonos, pues, y demos gracias porque nos ha hecho no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos, comprendéis la gracia de Dios sobre nosotros? Asombraos, alegraos: hemos sido hechos Cristo, pues, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total somos él y nosotros. Es esto lo que dice el apóstol Pablo: Para que ya no seamos pequeñines, zarandeados y circundados por todo viento de doctrina. Ahora bien, más arriba había dicho: Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y al reconocimiento del Hijo de Dios, al varón perfecto según la medida de edad de la plenitud del Mesías. La plenitud, pues, de Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Qué significa la cabeza y los miembros? Cristo y la Iglesia. Por cierto, nos arrogaríamos esto soberbiamente si no se dignase prometerlo el mismo que mediante idéntico apóstol dice: Ahora bien, vosotros sois cuerpo y miembros de Cristo.»⁷⁹

El Cuerpo de Cristo, la Iglesia, como por otra parte nuestro cuerpo, está formado de diferentes miembros. Cada miembro está llamado a la edificar la paz entre todos los hombres. La Iglesia es una comunidad de comunidades. Cada comunidad es una “Iglesia a pequeña escala” y son una presencia viva de la Iglesia. Para ello han de estar animadas por el Espíritu Santo ya que el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia

“Nuestro espíritu, gracias al cual vive todo hombre, se llama alma, y ya veis cuál es la función del alma respecto al cuerpo. Da vigor a todos los miembros; ella ve por los ojos, oye por los oídos, huele por las narices, habla por la lengua, obra mediante las manos y camina mediante los pies; está presente en todos los miembros al mismo tiempo para mantenerlos en vida; da vida a todos y a cada uno su función. No oye el ojo, ni ve el oído ni la lengua, ni habla el oído o el ojo; pero, con todo, viven: vive el oído, vive la lengua: son diversas las funciones, pero una misma la vida. Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros proclama la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida. Lo que es el alma res-

⁷⁹ Io. eu. tr. 21, 8 :PL 35, 1568-1569.

pecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo. »⁸⁰

El Espíritu Santo realiza en la Iglesia la misma acción que en el misterio de la Trinidad: la unión entre las divinas Personas. Esta unión entre los miembros de la Iglesia se expresa con claridad en los *Hechos de los Apóstoles* cuando habla de la primitiva comunidad de Jerusalén: “*No tenían más que una sola alma y un solo corazón*”(Act 4, 32)

San Agustín, para decir la realidad de la Iglesia emplea con frecuencia la imagen del Templo de Dios. Las piedras vivas de ese templo son los miembros de la comunidad; el cemento que las une es la caridad. Para hacer la comunidad, como para hacer un templo material, no es suficiente cortar los árboles en el bosque y tallar las piedras en la montaña, es decir, no es suficiente la voluntad de vivir en unidad, se precisa unir todos los elementos, que en cierto modo éstos se amen. Y el Espíritu Santo es precisamente el cemento que une a los diferentes miembros de la Iglesia. Él es quien hace de la Iglesia una verdadera comunidad. San Agustín dirá en uno de sus sermones sobre la dedicación de una iglesia:

“La fiesta que nos congrega es la dedicación de esta casa de oración. Esta es, en efecto, la casa de nuestras oraciones, pues la casa de Dios somos nosotros mismos. Si nosotros somos la casa de Dios, somos edificadas en este mundo para ser dedicadas al fin del mundo. Todo edificio, mejor, toda edificación, requiere trabajo; la dedicación pide alegría. Lo que acontecía aquí cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, a arrancar las vigas y piedras de los bosques y montes; el ser catequizados, bautizados y formados se equipara a la tarea de tallado, pulido y ajustamiento por las manos de los carpinteros y artesanos. Sin embargo, no edifican la casa de Dios más que cuando se ajustan unos a otros mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no se unen entre sí dentro de un cierto orden, si no se combinan pacíficamente, si en cierto modo no se amasan estrechándose entre sí, nadie entraría aquí. Además, cuando veis que las piedras y las vigas se ajustan bien en algún edificio, entras tranquilo sin temer que se caiga. Así, pues, queriendo Cristo el Señor entrar y habitar en nosotros, como si estuviera edificándonos, decía: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Os doy, dijo, un mandamiento nuevo.* ”⁸¹

⁸⁰ s. 267, 4: PL 39, 1231.

⁸¹ s. 336, 1: PL 38, 1471-1472.

11. “UNA SOLA ALMA Y UN SOLO CORAZÓN”⁸²

La paz, la comunión entre las personas, se encuentra en el centro mismo del pensamiento de San Agustín. Y a recuperar la paz y la unidad perdidas en la Iglesia de África a causa del cisma donatista consagrará una gran parte de su trabajo pastoral.

Restablecer la unidad, trabajar por la paz es ya colaborar a restablecer el proyecto divino de la creación y el proyecto del misterio de la Encarnación y de la Iglesia.

El proyecto de Dios es reunir a todos los hombres en unión con Cristo. Cristo no es únicamente el autor de la unidad y de la paz, es, a la vez, su fundamento.

“No dijo: *“Para que yo y ellos seamos uno”*; aunque, como cabeza de la Iglesia, y ésta como cuerpo suyo, pudo muy bien decir: *“Para que yo y ellos seamos, no una esencia, sino unidad moral”*, pues la cabeza y el cuerpo forman un solo Cristo. Más para indicar su consubstancialidad con el Padre (ya en otro pasaje había dicho: Yo y el Padre somos uno) en su género, es decir, en la consubstancial paridad de naturaleza, anhelaba también que los suyos sean una misma cosa, pero en Él, porque en sí mismos no lo pueden ser, distanciados como están entre sí por diversidad de placeres, concupiscencias y lacras de pecado; y de ahí que su purificación es obra del Mediador, para que sean unidad en Él, no sólo en cuanto a la naturaleza humana, que un día será igualada a los ángeles, sino incluso por unión de voluntades, pues aspiran a la misma bienandanza, fusionados en unidad de espíritu por el fuego aglutinante de la caridad. Tal es el significado de las palabras: *“Para que sean uno, como nosotros somos uno”*. Como el Padre y el Hijo son uno en unidad de esencia y amor, así aquellos de quienes el Hijo es mediador ante Dios no sólo sean uno en virtud de la identidad de naturaleza, sino también en unidad de voluntades. El mismo Mediador, por quien hemos sido reconciliados con Dios, indica esto al decir: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad.* »⁸³

Es pues en Cristo en donde se realiza la verdadera unidad, la paz entre los hombres. Para expresar esta unión San Agustín toma de los Hechos de

⁸² GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Une seule âme et un seul coeur en Dieu. Vivre en communauté à la lumière de saint Augustin*, Saint-Léger Editions, 49260 Le Coudray-Macouard 2018 ; LUIS VIZCAÍNO, P. de, *El monacato de San Agustín. Comuni3n, comunidad, ministerio*, Editorial Agustini3na, Guadarrama 2018, 193-208.

⁸³ trin. 4, 9, 12: PL 42, 896.

los Apóstoles esta expresión: “*Una sola alma y un solo corazón*”(Act 4, 32). Cuando San Agustín habla de “alma” y de “corazón” está haciendo referencia, sobre todo, al pensamiento y a la voluntad.

“En efecto, si la caridad que Dios envió a los hombres hace de muchos corazones humanos un solo corazón, y hace de muchas almas humanas una sola –como en los Hechos de los Apóstoles está escrito acerca de quienes creyeron y se querían mutuamente: Tenían un alma sola y un solo corazón hacia Dios. Si, pues, mi alma y tu alma, cuando tenemos idéntico sentir y nos queremos, llegan a ser una sola alma, ¿cuánto más Dios Padre y Dios Hijo son un único Dios en la fuente del amor?”⁸⁴

Pero cuando San Agustín habla de una sola alma y de un solo corazón está haciendo referencia al alma y al corazón de Cristo: “*Anima única Christi*”

“Tenían un alma y un corazón dirigido hacia Dios. De esa manera tu alma no es tuya propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo”⁸⁵

La unidad de las almas en una sola alma, fundamento de la paz, se realiza por consiguiente en la unión con Cristo, haciendo con él un solo hombre, un solo Cristo. Es esta unión con Cristo lo que constituye el fundamento de la paz para San Agustín. Las almas y los corazones de los diferentes miembros de la comunidad eclesial no forman más que una sola alma y un solo corazón, pero en la medida de su unión con la única alma y el único corazón de Cristo

“Es, pues, claro que nosotros somos el Cuerpo de Cristo ya que todos recibimos la unción; y en este Cuerpo todos somos de Cristo y todos somos Cristo, porque en cierto modo el Cristo entero lo constituyen la Cabeza y el cuerpo. Esta unción nos perfeccionará espiritualmente en aquella vida que se nos promete.”⁸⁶

Tener “*una sola alma*” es pues la realización del proyecto creador de Dios. En efecto, en su Comentario al Salmo 101 San Agustín ve en los

⁸⁴ Io. eu. tr. 18, 4 : PL 35, 1538.

⁸⁵ ep 243, 4: PL 33, 1056.

⁸⁶ en Ps 26, II, 2: PL 36, 200 ; Io. eu. tr. 108, 5: PL 35, 1916.

miembros de la primitiva comunidad de Jerusalén la humanidad formada y hermosa (*formata et formosa*) sacada del polvo del pecado. Son la expresión de la nueva creación. De la disgregación del pecado, la misericordia de Dios, sacó una nueva humanidad a su imagen.

“Que vengan, que vengan tus siervos, reconozcan tus palabras en las piedras; se compadezcan del polvo de Sion, y se forme el hombre a tu imagen, y diga el polvo para no perecer: Acuérdate de que somos polvo. Y se compadezcan de su polvo. Esto se dice de Sion. Pero ¿acaso no era polvo el que crucificó al Señor? Sí, y lo que es peor, era polvo de los muros desmoronados. Era totalmente polvo; sin embargo, no se dijo en vano de este polvo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. De este polvo se creó el muro de tantos miles de creyentes, que pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles. Así, de aquel polvo surgió la nueva humanidad, reformada y hermosa. De parte de los gentiles, ¿quién vivió así? ¡Qué pocos vemos, que hayan hecho esto, en comparación con aquellos tantos millares! Pues de un golpe lo hicieron tres mil; de otro, cinco mil; y todos ellos vivieron en comunión de vida, y pusieron a los pies de los Apóstoles el precio de sus posesiones vendidas, para distribuir a cada uno según su necesidad, y tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios. ¿Quién hizo esto, sino el mismo que hizo del polvo a Adán?”⁸⁷

“Se halló en un lugar y allí cayó, y reducido, en cierto modo, a polvo, llenó el orbe de la tierra; pero la misericordia de Dios recogió de todas partes los fragmentos, los fundió con el fuego de la caridad, e hizo uno de lo que se había convertido en pedazos. Esto lo supo hacer el Artífice. El que hizo, restauró; el que formó, reformó.”⁸⁸

La paz en este mundo encuentra su ideal en la paz del cielo. La primera característica de la comunidad del cielo es la unidad y la concordancia entre aquellos que la forman. Esta unidad del cielo está fundamentada en Dios. Es Dios quien une a los ángeles y los santos en una verdadera comunidad.

“Es preciso, en fin, reconocer, como obligada alabanza al Creador, que no solamente se refiere a los hombres santos, sino que también de los santos ángeles se puede decir que el amor de Dios los inunda por el Espíritu Santo que les ha sido dado. Tampoco es solamente de los hombres, sino primaria y principalmente de los ángeles aquel bien del que está escrito: Para mí lo bueno es estar junto a Dios. Los que participan

⁸⁷ en. ps. 101, I, 15 : PL 37, 1303.

⁸⁸ en. ps. 95, 15: PL 37,1236.

de este bien común constituyen entre sí y con Aquel a quien están unidos una santa sociedad, son la única ciudad de Dios; son su sacrificio viviente y su templo vivo.”⁸⁹

Es preciso por consiguiente modelar la paz de este mundo conforme a aquella del cielo.

“Pero como de la comunidad de muchas almas se ha de construir un día la futura ciudad única, en la que todos sus moradores no han de tener más que una sola alma y un solo corazón en Dios, y que es la que constituirá la perfección de nuestra unidad después de esta peregrinación terrenal, y que es donde se harán manifiestos a todos los pensamientos recónditos de cada uno, sin que surja entre ellos sombra de sentimiento o discordia.”⁹⁰

12. HACIA LA PLENITUD DE LA PAZ

Con suma frecuencia San Agustín al citar la frase de los Hechos de los Apóstoles “*una sola alma y un solo corazón*” añade “*in Deum*”. Es cierto que esta expresión “*in Deum*” indica dirección, movimiento hacia Dios. “*Una sola alma y un solo corazón*” es el punto de partida para realizar un encuentro con Dios. Este encuentro es la contemplación de Dios, la experiencia de su amor y de su paz. Cuando se tiene “*una sola alma y un solo corazón*” ya se está unido con Cristo, se forma parte de su Cuerpo. Pero se puede dar un paso más: caminar hacia la experiencia de su amor, hacia la plenitud de esa paz que busca radicalmente el deseo más profundo del corazón. Y esto es precisamente lo que expresa “*in Deum*”.

“Una única fe, una única esperanza y una única caridad han hecho que muchos santos, llamados a la adopción, hijos y coherederos de Cristo, tuviesen “*una sola alma y un solo corazón* dirigido hacia Dios”. Una misma e idéntica naturaleza de la divinidad –si así ha de decirse– del Padre y del Hijo nos obliga a entender que, pues el Padre y el Hijo son una cosa, inseparablemente una misma cosa, eternamente una misma cosa, no han de ser dos dioses, sino un solo Dios. Aquellos hombres por el consorcio y comunión de una misma naturaleza, por la que eran hombres, formaban una misma cosa; a veces no eran una misma cosa por la diversidad de voluntades, opiniones, afirmaciones y costumbres

⁸⁹ ciu. 12, 9, 2 : PL 41, 557.

⁹⁰ b. coniug. 18, 21 : PL 40, 387.

desemejantes; pero serán perfectamente una misma cosa cuando lleguen a aquel fin en que Dios será todo en todo.”⁹¹

Para San Agustín vivir unánimes, en paz, en este mundo no es suficiente; es preciso buscar juntos la contemplación de Dios, llegar a experimentar en cierto modo la paz de la patria del cielo. El sentido de esta expresión “*in Deum*” lo ofrece San Agustín con claridad en un texto sumamente conocido de sus *Confesiones* y que resume todo el ascenso hacia la Paz a través de cada una de las bienaventuranzas.

“Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el Cántico de las gradas o subidas. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén, porque me he deleitado de las cosas que aquéllos me dijeron: Iremos a la casa del Señor.”⁹²

13. SON LLAMADOS HIJOS DE DIOS

La paz nos une, nos identifica, con Cristo. Él es nuestra paz (Eph 2, 14). Y se entra en la paz como se entra en la Iglesia, por la unión con Cristo. Quien vive de la paz es llamado hijo de Dios.

“Los rectos de corazón, que no se ladean, ¿qué poseerán? Tornemos ya, hermanos, a la misma heredad, puesto que somos hijos. ¿Qué poseeremos? ¿Cuál es la heredad? ¿Cuál nuestra patria? ¿Cómo se llama? Paz. Por ella os congratulo; ésta os anunciamos; ésta es la que reciben los montes, al par que los collados la justicia. Ella es Cristo, *pues Él*—dice San Pablo— *es nuestra paz; el cual hizo de dos pueblos uno y derribó la muralla de división*. Porque somos hijos poseemos heredad. ¿Cómo se llama esta heredad? Paz [. . .] Luego si *el que ve la paz* es lo mismo que *el que ve a Dios*, con razón Dios es también la paz. Luego como Cristo, Hijo de Dios, es la paz, por eso vino a recoger a los suyos y a apartarlos de los inicuos.”⁹³

San Agustín dice con plena claridad en qué consiste esta filiación divina:

⁹¹ ep. 238, 13 : PL 33, 1013.

⁹² conf. 13, 9, 10 : PL 32, 849.

⁹³ en. ps 124, 10 : PL 37,1655-1656.

*“Yo dije: Sois dioses e hijos del Altísimo todos; pero vosotros moriréis como los hombres, y caeréis como cualquier príncipe. Está claro que ha llamado dioses a los hombres, deificados por su gracia, pero no nacidos de la naturaleza divina. Él es quien justifica, ya que es justo por sí mismo, no por otro; y es él quien deifica, ya que es Dios por sí mismo, no por la participación de alguien. El que justifica, es el mismo que deifica: al justificarlos, los hace hijos de Dios. Les dio el poder ser hijos de Dios. Si se nos ha hecho hijos de Dios, también se nos ha dado la categoría de dioses; pero esto es por generosidad del que adopta, no por naturaleza del que engendra. Sólo hay un Dios-Hijo de Dios, un solo Dios con el Padre, que es el Señor y Salvador nuestro, Jesucristo, la Palabra existente desde el principio, la palabra junto a Dios, la Palabra Dios. El resto de los que llegan a ser dioses, no nacen de su naturaleza, de forma que sean lo mismo que él, sino que fue una merced suya el llegar a él, y ser coherederos de Cristo. Tan grande fue la caridad del Heredero, que quiso tener coherederos.”*⁹⁴

Ser llamado “hijo de Dios” es un don, una gracia que Dios otorga. Las Bienaventuranzas nos preparan a acoger este don. La paz, que nos otorga ser llamados hijos de Dios, es fruto de la fe y de la caridad.

“Escucha al mismo Apóstol, mentor de la fe y gran defensor de la gracia; escúchale decir: *Paz a los hermanos y caridad con fe*. Tres cosas grandiosas mencionó: la paz, la caridad, la fe. Comenzó por el final y terminó por el principio. En efecto, al inicio está la fe y, al final, la paz. Aquello por lo que creemos, es la fe.[. . .] Pero ¿de qué fe se trata? De la descrita por el Apóstol: *Porque ni la circuncisión ni el prepucio valen algo: sino la fe*. Dínos, qué fe. *La que obra por el amor*. Esta es la fe que no tienen los demonios: la que obra por el amor; sólo la poseen los siervos de Dios, los santos, los hijos de Abrahán por la fe, solamente los hijos del amor, los hijos de la promesa. Por eso en aquel texto se dijo también: *y caridad*. Las tres cosas fueron mencionadas por el Apóstol: *Paz a los hermanos y caridad con fe. Paz a los hermanos*; ¿cuál es el origen de la paz? *Y la caridad*; ¿de dónde procede la caridad? *Con fe*. En efecto, si no crees no amas. Así, pues, habló el Apóstol, comenzando por el final y acabando por el principio: *Paz, caridad, con fe*. Digamos nosotros: Fe, caridad, paz. Cree, ama, reina. Pues si crees y no amas, aún no has distinguido tu fe de la de aquellos que temblando decían: *Sabemos quién eres, el Hijo de Dios*. Por lo tanto, ama, porque la caridad acompañada de la fe es la que te conduce a la paz. ¿A qué paz? A la paz verdadera, a la paz plena, a la inquebrantable y segura, donde no habrá calamidad ni enemigo al-

⁹⁴ en. ps. 49, 2 : PL 36, 565.

guno. Esa paz que es el término de todos los buenos deseos. *Caridad con fe*; y si quieres decir: «Fe con caridad», bien dicho está.”⁹⁵

A lo largo de sus diferentes escritos, y al hablar de la paz, San Agustín desarrolla y precisar la explicación que ofreció, por primera vez, en su explicación del *Sermón de la montaña*. En su comentario a esta Bienaventuranza se encuentran en germen todas las explicaciones posteriores.

*“Felices los hacedores de paz, porque se llamarán los hijos de Dios. La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna; y, por tanto, son hijos de Dios los pacíficos, porque nada en ellos resiste a Dios; pues, en verdad, los hijos deben tener la semejanza del Padre. Son hacedores de paz en ellos mismos los que, ordenando y sometiendo toda la actividad del alma a la razón, es decir a la mente y a la conciencia, y dominando todos los impulsos sensuales, llegan a ser Reino de Dios, en el cual de tal forma están todas las cosas ordenadas, que aquello que es más principal y excelso en el hombre, mande sobre cualquier otro impulso común a hombres y animales, y lo que sobresale en el hombre, es decir la razón y la mente, se someta a lo mejor, que es la misma verdad, el Unigénito del Hijo de Dios. Pues nadie puede mandar a lo inferior si él mismo no se somete a lo que es superior a él. Esta es la paz que se da en la tierra a los hombres de buena voluntad, es la vida dada al sabio en el culmen de su perfección. De este mismo reino tranquilo y ordenado ha sido echado fuera el príncipe de este mundo, que es quien domina a los perversos y desordenados. Establecida y afianzada esta paz interior, sea cual fuere el tipo de persecución que promueva quien ha sido echado fuera, crece la gloria que es según Dios; y no podrá derribar parte alguna de aquel edificio y con la ineficacia o impotencia de las propias máquinas de la guerra, significa la gran solidez con que está estructurada desde el interior. Por esto continúa: Felices aquellos que sufren persecución por ser honestos, porque de ellos es el reino de los cielos.”*⁹⁶

14. BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

San Agustín no cesa de invitar a los fieles de Hipona a amar la paz⁹⁷. Es uno de los bienes más grandes que Dios otorga o puede otorgar al hombre. De hecho no hay palabras adecuadas para expresar, para decir

⁹⁵ s. 168, 2 : PL 38, 912.

⁹⁶ s. Dom. m. I, 2, 9: PL 34, 1233.

⁹⁷ CORTESI, A., “La beatitudine della pace in S. Agostino pastore”, en *Vita Sociale* 52 (1995) 163-175, 255-267.

este don. Ante la paz no se puede adoptar más que una actitud de silencio, pero no un silencio de pobreza, sino de riqueza. La palabra la empobrece, limita su riqueza. La paz solo se la puede expresar mediante un canto de alabanza.

“¡Cómo os alborozáis todos! Hermanos míos, amad la paz. Sobremanera me deleito cuando se deja oír en vuestros corazones el amor de la paz. ¡Cómo os deleitó! Nada había dicho, nada había expuesto yo; recité únicamente el versillo y clamasteis. ¿Qué cosa clamó de vosotros? El amor de la paz. ¿Qué mostré a vuestros ojos? ¿Cómo clamáis, si no amáis? ¿Cómo clamáis, si no veis? La paz es invisible. ¿Qué ojo la vio para ser amada? No sería aclamada si no se amase. Estos son los espectáculos que ofrece Dios de las cosas invisibles. ¡Con cuánta belleza hirió el conocimiento de la paz vuestros corazones! ¿Qué hablaré yo ya de la paz o en alabanza de la paz? Vuestro afecto se anticipó a todas mis palabras; no lo lleno, no puedo, soy incapaz. Difiramos todas estas alabanzas de la paz para la patria de la paz. Allí la alabaremos cumplidamente cuando la poseamos por completo.[. . .] Amadla en la casa, en las ocupaciones, en las esposas, en los hijos, en los siervos, en los amigos y en los enemigos”⁹⁸.

Pero amar la paz exige el darla, trabajar para que los demás lleguen a gozar de ella. Guardarla para sí es perderla, por el contrario en la medida en que la paz se da crece, aumenta. La paz es como el pan entre las manos de los discípulos: se multiplicaba a medida que lo compartían.

“Es más difícil alabar la paz que poseerla. En efecto, si queremos alabarla, deseamos las fuerzas para ello, buscamos los pensamientos y pesamos las palabras; por el contrario, si queremos poseerla, la tendremos y poseeremos sin trabajo alguno. Los que aman la paz merecen alabanza; empero, quienes la odian han de ser pacificados, enseñándolos y callando, antes que provocados mediante el reproche. El verdadero amante de la paz ama también a los enemigos de ella. De igual modo que, si amas esta luz, no te enfureces contra los ciegos, sino que te compadeces de ellos, pues te haces consciente del bien de que disfrutas y, al contemplar el bien tan grande de que ellos están privados, los consideras dignos de misericordia, y, si dispusieses de bienes, de ciencia, de medicinas, correrías antes a sanarlos que a condenarlos. De idéntica manera, si eres amante de la paz, quienquiera que seas, compadécete de quien no ama lo que tú amas ni tiene lo que tú tienes.[. . .] Ama la paz, ten la paz, posee la paz, con-

⁹⁸ en. ps. 147, 15: PL 37, 1923-1924.

quista a cuantos puedas para que posean la paz; será tanto más espaciosa cuantos más sean los poseedores. Una casa terrena no admite muchos moradores: la posesión de la paz crece con el multiplicarse de los mismos.

¡Qué gran bien es amar la paz! Es decir, el poseerla. ¿Quién no quiere que aumente lo que ama? Si quieres estar en paz con unos pocos, pequeña será tu paz. Si quieres que crezca esta posesión, añádele poseedores. [. . .] Ama la paz en el mismo lugar en que te encuentras, y tendrás lo que amas. Es algo propio del corazón, y no la comunicas con tus amigos como les das el pan. En efecto, si quieres repartirles el pan, cuanto más son aquéllos a quienes se les da, tanto más disminuye lo que se reparte. Pero la paz es semejante a aquel pan que se multiplicaba en las manos de los discípulos del Señor cuando ellos lo partían y repartían.

Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás.”⁹⁹

San Agustín no cesa de invitar a sus fieles a trabajar por la paz. La Iglesia de África, dividida por el cisma donatista, no conocía la paz. Los donatistas eran enemigos de la paz. Y Agustín no cesa de trabajar por la unidad de la Iglesia, por la paz, e invita a sus fieles a vivir esta Bienaventuranza: “*Bienaventurados los que trabajan por la paz*”.

En esta invitación comienza alabando la paz. Se alaba lo que se ama. Amar es hacerse aquello que se ama. Amar la paz es ya poseerla. “Ama la paz y la paz está contigo”. La paz, por otra parte, posee dos características: la primera es que, a diferencia de los bienes materiales, se multiplica a medida que se comparte. Con la paz se revive el milagro de la multiplicación de los panes. Estos se multiplicaban entre las manos de los discípulos a medida que lo iban compartiendo con la multitud: “La paz es semejante a aquel pan que se multiplicaba en las manos de los discípulos del Señor cuando ellos lo partían y repartían”. “Una casa terrena no admite muchos moradores: la posesión de la paz crece con el multiplicarse de los mismos”. La paz, por otra parte, al igual que la verdad¹⁰⁰,

⁹⁹ s. 357, 1-3: PL 39, 1582-1583.

¹⁰⁰ lib. arb. II, 14, 37: PL 32, 1261: “Tenemos, pues, en la verdad un tesoro, del que todos gozamos igualmente y en común; no hay en ella sobresalto, no hay defecto alguno. No admite la verdad amadores envidiosos entre sí; a todos se da igualmente y por completo, y a todos y a cada uno en suma castidad. Nadie dice al otro: Retírate para acercarme yo también. No, todos están estrechamente unidos a ella, todos la poseen toda a la vez. Sus manjares no se dividen en partes; nada de ella bebes tú que no pueda beber yo. Nada de lo que de ella participas conviertes en algo exclusivamente tuyo, sino que todo lo que de ella

se posee íntegramente por todos aquellos que de una u otra forma gozan de ella. En efecto, si quieres repartirles el pan, cuanto más son aquéllos a quienes se les da, tanto más disminuye lo que se reparte”. Pero la paz se posee íntegramente por aquellos que de una u otra forma gozan de ella.

Pero el fundamento de la paz es la justicia. Paz y justicia no se pueden separar, caminan siempre juntas:

*“Luego la misericordia y la verdad corrieron mutuamente a su encuentro; la justicia y la paz se besaron. Practica la justicia y tendrás paz; y así la justicia y la paz se besarán. Porque si no amas la justicia, no tendrás paz; estas dos virtudes, la paz y la justicia, se aman mutuamente y se besan, de forma que quien obra la justicia se encuentre con la paz que besa la justicia. Las dos son amigas. Tú, tal vez, quieres a una y a la otra no la pones en práctica. Nadie hay que no desee estar en paz, pero no todos quieren practicar la justicia. Pregúntale a cualquiera: – ¿Quieres la paz? Y unánimes te responderán todos: Sí, la deseo, la quiero, suspiro por ella, la amo. Ama también la justicia, porque las dos son amigas entre sí; y si no amas a la amiga de la paz, la misma paz no te amarás, y no vendrá a tu encuentro. ¿Qué tiene de extraordinario desear la paz? Cualquiera, por malo que sea, desea la paz. Es, sin duda, algo muy bueno la paz; Pero tú debes practicar la justicia, ya que la paz y la justicia se besan, no están en discordia. Y tú, ¿por qué no estás de acuerdo con la justicia? Por ejemplo, te dice la justicia: no robes, y tú no le haces caso; no cometas adulterio, y te haces el sordo; no hagas a otro lo que tú no quieres que te hagan; no comentes de otros lo que no quieres que comenten de ti. Te dice la paz: eres enemigo de mi amiga; ¿Por qué me buscas? Yo soy amiga de la justicia, y si encuentro a alguien que es enemigo de mi amiga, no me acercaré a él. ¿Quieres encontrarte con la paz? Practica la justicia.”*¹⁰¹

*“Por tanto, dado que Cristo es la Verdad, la Paz y la Justicia, concebidle mediante la fe, dadlo a luz mediante las obras, de forma que lo que hizo el seno de María respecto a la carne de Cristo lo haga vuestro corazón respecto a la ley de Cristo.”*¹⁰²

Conocer la paz es conocer a Dios. Dios es nuestra Paz. Pero a Dios solo lo conocemos cuando participamos de su vida, llegando a ser hijos adop-

tomas queda íntegro también para mí. Lo que a ti te inspira, no espero que vuelva de ti para inspirármelo a mí; porque nada de la verdad se convierte nunca en cosa propia de uno o de varios, sino que simultáneamente es toda común a todos”.

¹⁰¹ en. ps. 84, 12: PL 37, 1078.

¹⁰² s. 192, 2: PL 38, 1012.

tivos. Conocer es nacer a aquello que se conoce. *“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán ellos llamados hijos de Dios”* (Mt 5, 9)

15. DIOS ES NUESTRA PAZ

Ahora bien, la paz perfecta y sin ocaso no se encuentra más que en el cielo. Allí Dios mismo será nuestra paz y colmará todos nuestros deseos. La paz en este mundo no es más que algo precario ya que el pecado y con el pecado la división nos habita.

“He aquí la bienaventuranza final, he aquí la perfección suprema que no se extinguirá jamás. Aquí abajo nos llamamos, en realidad, felices cuando disfrutamos de paz, esa paz recortada que es posible encontrar en una vida honrada. Pero si comparamos tal felicidad con la bienaventuranza que llamamos final, se queda en una mera desventura” ¹⁰³.

“Pero cuando la muerte sea anulada en la victoria, esto no sucederá; habrá una paz total y eterna. Viviremos en aquella ciudad: cuando de ella me pongo a hablar, no quiero terminar nunca, y máxime cuando se acrecientan los escándalos. ¿Quién no va a desear aquella ciudad, donde el amigo no se ausenta, donde no entra el enemigo, ni hay tentador alguno, ni existe ningún revolucionario, ni alborotador, que cause divisiones en el pueblo de Dios; ni nadie que atormente a la Iglesia, haciendo un oficio diabólico; cuando el mismo príncipe de los demonios sea arrojado al fuego eterno, y con él todos sus seguidores, sin poder salir de allí jamás? Habrá, por tanto una paz auténtica entre los hijos de Dios, amándose mutuamente, viéndose llenos de Dios, cuando Dios será todo en todos. Tendremos una común visión, Dios; nuestra común posesión será Dios; una paz común tendremos: Dios; todo lo que ahora se nos da, será sustituido por él mismo. Él será la absoluta y perfecta paz.” ¹⁰⁴

En esta vida no llegamos jamás a conocer ni a gozar de la paz en plenitud. No es un don de esta vida sino de la vida del cielo. Aquí, en la tierra, solo es posible desearla y buscarla. La paz se busca trabajando por establecerla, por hacerla. Dios la entrega, más aún se entrega Él mismo en la misma medida en que se trabaja por la concordia, por la unidad, por la paz. Dios es nuestra Paz. Esta es la razón por la que San Agustín no cesa de invitarnos a ser constructores de la paz.

¹⁰³ ciu XIX, 10: PL 41, 636.

¹⁰⁴ en. ps. 84, 10 : PL 37, 1075-1076.

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA

“Por tanto, buscad la paz, hermanos. Dijo el Señor: *Os hablo esto, para que tengáis paz en mí. Lo que no os prometo es paz en la tierra.* En esta vida la verdadera paz no existe, ni la tranquilidad. El gozo de la inmortalidad, y la compañía de los ángeles es una promesa. Pero el que no la busca mientras está aquí, cuando llegue no la poseerá.” ¹⁰⁵

jaimegarciaalvarez@yahoo.es

¹⁰⁵ en. ps 33, II, 19: PL 36, 318.